

CONFESIONES
DEL ESTAFADOR
FÉLIX KRULL

THOMAS MANN

CONFESIONES
DEL ESTAFADOR
FÉLIX KRULL

PRIMERA PARTE DE LAS MEMORIAS

Traducción Isabel García Adánez



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

Ilustración de la cubierta © iStockphoto.com/James Steidl

Primera edición: febrero de 2012

© 1945 by Thomas Mann. All rights reserved by S. Fischer Verlag GmbH,
Frankfurt am Main

© de la traducción: Isabel García Adánez, 2009

© de la presente edición: Edhasa, 2012

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-1935-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Dirijase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Cosmos Print

Impreso en Argentina

Índice

<i>PRIMER LIBRO</i>	9
Capítulo primero	11
Capítulo segundo	17
Capítulo tercero	25
Capítulo cuarto	33
Capítulo quinto	37
Capítulo sexto	49
Capítulo séptimo	63
Capítulo octavo	69
Capítulo noveno	75
<i>SEGUNDO LIBRO</i>	83
Capítulo primero	85
Capítulo segundo	89
Capítulo tercero	97
Capítulo cuarto	105
Capítulo quinto	121
Capítulo sexto	149
Capítulo séptimo	165
Capítulo octavo	187
Capítulo noveno	223
<i>TERCER LIBRO</i>	243
Capítulo primero	245

Capítulo segundo	263
Capítulo tercero	295
Capítulo cuarto	305
Capítulo quinto	333
Capítulo sexto	367
Capítulo séptimo	393
Capítulo octavo	407
Capítulo noveno	425
Capítulo décimo	467
Capítulo undécimo	489

PRIMER LIBRO

Capítulo primero

Al tomar la pluma para, enteramente ocioso y retirado del mundo —sano, eso sí, aunque cansado, muy cansado (tanto que quizá sólo pueda avanzar en pequeñas etapas y con frecuentes recesos)—, al disponerme, como decía, a confiar mis confesiones al paciente papel con la pulcra y agradable caligrafía que me es propia, me asalta fugazmente la duda de si también por lo que respecta a mi educación y formación previa estaré a la altura de esta empresa intelectual. Ahora bien, puesto que cuanto he de contar se compone de mis experiencias, errores y pasiones más íntimos e inmediatos y, por consiguiente, domino a la perfección el contenido de mi relato, dicha duda afectaría a lo sumo al tacto y al decoro con que puedo contar a la hora de expresarme, y en estos casos no marcan tanto la diferencia, en mi opinión, unos estudios regulares y bien finalizados como el talento natural y el ser de buena cuna. Esto último se cumple, pues procedo de una familia burguesa refinada, aunque también un tanto disoluta; mi hermana Olimpia y yo estuvimos varios meses bajo la tutela de una señorita de Vevey, quien más adelante, como surgiera cierta rivalidad femenina entre ella y mi madre —en relación con mi padre, para más señas—, tuvo que abandonar su puesto; mi padrino, Schimmelpreester, a quien me unían unos estrechos lazos, fue un artista muy apreciado al que toda nuestra pequeña ciudad llamaba «señor catedrático», si bien es posible que tan bello y deseable

título ni siquiera correspondiera a su condición; y mi padre, a pesar de ser redondo y orondo, poseía mucha gracia personal y siempre se esmeraba en expresarse con transparencia y escogiendo las palabras. Por sus venas corría sangre francesa, heredada de su abuela, e incluso había pasado sus años de formación en Francia y, según aseguraba, conocía París como la palma de su mano. Cuánto le gustaba intercalar en su discurso —y, además, con una pronunciación exquisita— giros como «*c'est ça*», «*épatant*» o «*parfaitement*»; también solía decir: «Eso lo voy a *goûter*», y hasta el fin de sus días contó con el favor de las mujeres. Dicho sea esto de antemano y sin entrar en más detalles. En cuanto a mi talento natural para las buenas formas, no puedo sino estar más que seguro de poseerlo, como toda mi engañosa vida habrá de demostrar, y creo poder confiar en él incondicionalmente también para este testimonio escrito. Por cierto, estoy decidido a proceder con sinceridad absoluta en mis anotaciones y a no rehuir los reproches de vanidad o desvergüenza. ¡Qué sentido y valor moral podría atribuirse, si no, a unas confesiones elaboradas desde un punto de vista que no sea el de la veracidad!



Nací en el Rheingau, esa zona privilegiada que, apacible y libre de cualquier aspereza ya sea en sus condiciones meteorológicas o en la naturaleza de su suelo, densamente sembrada de ciudades y pueblos de alegres moradores, sin duda se cuenta entre las más encantadoras de la tierra habitada. Aquí, a resguardo de los vientos inclementes gracias a los montes del Rheingau y felizmente expuestos al sol de mediodía, florecen esos célebres asentamientos cuyos nombres alegran el corazón del buen bebedor; aquí se encuentran Rauenthal, Johannis-

berg, Rüdesheim, y también la venerable ciudad de provincias en la que vine al mundo, tan sólo unos años después de la gloriosa fundación del Segundo Imperio Alemán. Un poco al oeste del recodo que describe el Rin al pasar por Maguncia y famosa por la fabricación de su vino espumoso, es el principal puerto de amarre de los barcos de vapor que navegan presurosos río arriba y río abajo, y debe de tener unos cuatro mil habitantes. La alegre Maguncia se hallaba, pues, muy cerca, al igual que los distinguidos baños del Taunus, por ejemplo: Wiesbaden, Homburg, Langenschwalbach y Schlangenbad, lugar este último que se alcanzaba en media hora de viaje en un trenecillo de vía estrecha. Cuán a menudo, en la estación templada, hacíamos excursiones mis padres, mi hermana Olimpia y yo, en barco, en coche o en tren, y hacia los cuatro puntos cardinales, pues en todas partes había algo interesante y digno de visitarse, fuera obra de la naturaleza o del ingenio humano. Aún me parece estar viendo a mi padre, con su cómodo traje de verano a cuadros menudos, sentado con nosotros en algún merendero —un poco apartado de la mesa porque la barriga le impedía arrimarse—, disfrutando con infinito placer de un plato de cangrejos acompañado del dorado néctar de la vid. A menudo venía también mi padrino, Schimmelpreester, y, con mirada penetrante, observaba el paisaje y a las personas a través de sus redondos lentes de pintor, absorbiendo en su alma de artista lo grandioso y lo insignificante.

Mi pobre padre era dueño de la empresa Engelbert Krull, que fabricaba la ahora desaparecida marca de espumoso Lörley Extra Cuvée. En la parte baja de la ciudad, a orillas del Rin, no lejos del embarcadero, estaban las bodegas, y de niño yo solía pasear bajo aquellas frescas bóvedas, recorría inmerso en mis pensamientos los corredores empedrados que atravesaban

la gran cuadrícula de estanterías, y contemplaba los ejércitos de botellas que reposaban allí semiinclinadas unas sobre otras en sus nichos, en hileras infinitas. ¡Aquí reposáis, pensaba para mis adentros (aunque, evidentemente, todavía no alcanzaba a articular mis pensamientos en palabras tan certeras), aquí reposáis en la penumbra subterránea, y en vuestro interior se clarifica y se prepara ya ese burbujeante néctar dorado que habrá de acelerar algún que otro corazón, que habrá de hacer resplandecer algún par de ojos! Aún os antojáis frías e insignificantes pero, magníficamente adornadas, algún día ascenderéis al mundo de los vivos y, en festejos, en bodas, en saloncitos reservados, dispararéis vuestro corcho hasta el techo con un soberbio estallido para sembrar entre los hombres la embriaguez, la frivolidad y el placer. De un modo similar hablaba el niño; y al menos hasta ahí acertaba, pues la empresa Engelbert Krull concedía una importancia inmensa a la apariencia de sus botellas, a esa última fase de su preparación que en el lenguaje técnico se denomina *coiffure*. Los corchos metidos a presión se sujetaban con alambre de plata e hilo dorado y se sellaban con lacre de color púrpura; sí, un solemne sello de lacre redondo como el de las bulas y los documentos oficiales antiguos colgaba de un cordel dorado bastante largo; los cuellos iban muy bien envueltos en papel de estaño brillante, y los vientres lucían una etiqueta de barrocos bordes dorados, diseñada para la empresa por mi padrino Schimmelpreester y en la que, además de varios emblemas y estrellas, de la rúbrica de mi padre y de la marca Lorley Extra Cuvée, aparecía impresa en oro una figura femenina con brazaletes y collares como único atavío, sentada en lo alto de una roca con las piernas cruzadas y con un brazo levantado para pasarse un peine por la melena que ondeaba al viento. Ahora bien, por lo visto, la calidad del espu-

moso no acababa de corresponderse con tan deslumbrante presentación.

—Krull —parece ser que dijo mi padrino Schimmelpreester a mi padre—, con todos mis respetos hacia su persona, este champán suyo debería prohibirlo la policía. Hace ocho días me dejé convencer para beberme media botella y mi naturaleza todavía no se ha recuperado de la agresión. ¿Pero con qué vino peleón hacen este brebaje? ¿Es que le añaden petróleo o aguardiente de matar ratas en su composición? En resumen, es puro veneno. ¡Debería usted temer el peso de la ley!

Entonces mi pobre padre se quedó turbado, pues era un hombre débil que no soportaba que le hablasen con dureza.

—Sí, sí, usted búrlese, Schimmelpreester —parece ser que replicó mi padre mientras, siguiendo su costumbre, se acariciaba suavemente la barriga con la puntita de los dedos—, pero me veo obligado a fabricar espumoso barato porque el prejuicio contra los productos locales así lo manda, en fin, que le doy al público lo que espera. Además, la competencia me pisa los talones, mi querido amigo, hasta tal punto que no hay quien lo soporte.

Hasta aquí las palabras de mi padre.

Nuestra villa era una de esas casas solariegas con encanto que, entre suaves laderas, dominan las vistas sobre el paisaje del Rin. El jardín, en pendiente, estaba profusamente adornado con enanitos, setas y toda suerte de fauna de piedra; sobre un pedestal había una bola de cristal muy pulido que deformaba la cara de un modo muy cómico, y también había un arpa eólica, varias grutas y una fuente de la que brotaba una artística composición de chorros y en cuya pila nadaban peces plateados. Pasando ahora a la decoración interior de la casa, todo obedecía al gusto de mi padre, agradable a la par que alegre. Los

confortables miradores invitaban a sentarse, y en uno de ellos incluso había una rueda de verdad. Había incontables adornos: figuritas, conchas, cajitas con espejo y botellitas de esencias dispuestas en estanterías o mesitas con tapetito de felpa; había innumerables almohadones de plumas, con fundas de seda o de algún tipo de labor de muchos colores, distribuidos por doquier en sofás y camas turcas, pues a mi padre le encantaba tumbarse en sitios blanditos; las barras de las cortinas eran alabardas, y de los huecos de las puertas colgaban esas cortinas ligerísimas de caña e hileras de abalorios que semejan una pared firme, pero que luego pueden atravesarse sin siquiera levantar una mano, abriéndose y volviéndose a cerrar con un suave murmullo o tintineo. Sobre la cancela habíamos instalado un pequeño artilugio muy ingenioso mediante el cual, cuando la puerta volvía a cerrarse venciendo la presión del aire, unas delicadas campanillas tocaban el inicio de la canción «Freut euch des Lebens».¹

1. Podría traducirse como «alegraos de vivir» o «disfrutad de la vida». (*N. de la T.*)

Capítulo segundo

Tal era la casa en la que nací, un tibio día lluvioso del mes de mayo –domingo, por cierto,² y a partir de aquí no pienso volver a adelantar nada más, sino que me atenderé con sumo cuidado al orden cronológico. Mi nacimiento, si estoy bien informado, fue muy lento y requirió cierta ayuda de índole artificial por parte de nuestro médico de familia, el doctor Mecum, sobre todo porque yo –si es que puedo denominar «yo» a aquel incipiente y extraño ser– colaboraba muy poco o más bien nada, apenas secundaba los esfuerzos de mi madre y no mostraba el más mínimo afán por llegar a ese mundo que tan ardientemente habría de amar después. Con todo, resulté ser un niño sano y bien formado que se criaba de forma bastante prometedora a los pechos de un ama estupenda. Sin embargo, tras repetidas y profundas reflexiones, no puedo evitar relacionar la inclinación y la facultad para dormir tan extraordinarias que me han sido propias desde pequeño con aquel comportamiento mío tan pasivo y reticente a la hora de nacer, con aquella evidente ausencia de ganas de cambiar la oscuridad del seno materno por la luz del día. Me han dicho que fui un niño muy tranquilo, nada gritón ni llorón, que se entregaba al sueño o al entresueño en un grado muy cómodo para las ayas; y aunque

2. En los países nórdicos se dice que los nacidos en domingo gozan de especial buena suerte. (N. de la T.)

después me atrajeran tanto el mundo y las personas que me mezclé entre ellas con distintos nombres e hice muchas cosas con tal de ganarme su favor, durante la noche y en los brazos de Morfeo siempre permanecía al calor de mi casa, me quedaba dormido con facilidad y placer sin siquiera estar cansado físicamente, me perdía en el último rincón de un olvido sin sueños y, tras una ausencia de diez, doce y hasta catorce horas, me despertaba más reconfortado y contento que tras los éxitos y satisfacciones del día. Podría considerarse este inusual afán de dormir como una contradicción respecto a la inmensa sed de vivir y de amar que inspiraba mis días, y de la que ya se hablará en el lugar adecuado. Como ya mencioné, he dedicado a este punto una intensa reflexión, y en numerosas ocasiones he creído entender con claridad que no se trata de una contradicción, sino más bien de un caso de complementariedad y correspondencia oculta. Pues ahora, aunque estoy cansado y envejecido, y eso que apenas he sobrepasado la cuarentena, ahora que ya no me empuja entre los hombres ningún nuevo sentimiento de anhelo y que vivo completamente retirado de todo, es justo ahora cuando también mi capacidad de dormir se ve mermada, es ahora cuando me siento como desligado de aquel feliz estado; mi sueño es breve, poco profundo y fugaz, en tanto que antes, en la cárcel, donde tenía muchas ocasiones de dormir, lo hacía aún mejor que en las mullidas camas de los palacios. Pero estoy cayendo de nuevo en el error de adelantar acontecimientos.

A menudo oí decir a los míos que tenía la suerte de los nacidos en domingo, y aunque fui educado lejos de toda superstición, siempre quise conceder a este hecho, unido a mi nombre de pila Félix (así me bautizaron, por mi padrino Schimmelpreester) y a lo refinado y agradable de mi físico, una

misteriosa importancia. Es más, la fe en mi suerte y en ser un niño favorecido por los cielos siempre ha estado viva en mi interior, y puedo afirmar que en general no se ha visto defraudada. Si algo hay característico en mi vida es, en efecto, que todo cuanto en ella ha habido de sufrimientos y penas se antoja como algo extraño y en principio no deseado por la providencia, a través de lo cual siempre trasluce mi propio y verdadero destino como un sol de fondo. Tras esta digresión de carácter abstracto, prosigo esbozando a grandes pinceladas el cuadro de mi juventud.

Al ser un niño fantasioso, mis ideas y ocurrencias proporcionaban muchos motivos de diversión a los habitantes de la casa. Creo recordar bien, y me lo han contado a menudo, que cuando aún llevaba faldones me gustaba jugar a que era el emperador, y al parecer perseveraba en ello horas y horas. Sentado en la sillita en la que mi niñera me paseaba por los senderos del jardín o los pasillos de la casa, por el motivo que fuera bajaba la boca todo lo que podía, de manera que mi labio superior se alargaba hasta lo desmesurado, y al mismo tiempo iba guiñando poco a poco los ojos, que no sólo por la mueca sino también por lo conmovido que me sentía se enrojecían y se llenaban de lágrimas. Y así iba yo sentado en mi cochecito, emocionado ante mi senectud y dignidad suprema y sin decir nada; pero mi niñera se veía obligada a informar de que ignorar mi capricho me causaría el mayor de los disgustos. «Pues aquí llevo de paseo al emperador», anunciaba y, como en el fondo era una ignorante, saludaba llevándose la mano recta a la sien, y luego todo el mundo me mostraba reverencia. Quien más me seguía la corriente en tales casos era mi padrino Schimmelpreester, siempre dado a la farsa, lo cual no hacía sino reforzar mi soberbia. «Miradlo, ahí va... ¡el anciano héroe!», decía, inclinándose

hasta lo artificial. Y luego se quedaba junto al camino haciendo de pueblo llano, gritando «¡Viva!» y lanzando al aire su sombrero, su bastón y hasta sus lentes para casi ponerse enfermo de risa cuando a mí, de emoción, me corrían las lágrimas por el labio superior todo estirado.

Este tipo de juego seguí cultivándolo incluso hasta los últimos años de mi infancia, es decir, hasta una época en que, obviamente, ya no podía exigir que los adultos me siguieran la corriente. Pero no echaba en falta que lo hicieran sino que, por el contrario, me complacía en la independencia y autosuficiencia del poder de mi imaginación. Por ejemplo, una mañana me despertaba decidido a ser un príncipe de dieciocho años llamado Karl, y la fantasía me duraba todo el día, es más: varios días; pues la inestimable ventaja de semejante juego era que no hacía falta interrumpirlo en ningún momento, ni siquiera durante las tan tediosas horas de escuela. Así pues, en mi papel de encantador príncipe de algún lugar imaginado, dialogaba en tono ya sereno ya acalorado con algún gobernador o algún ayudante de campo, y nadie alcanzaría a describir el orgullo y la dicha con que me colmaba el secreto de mi refinada y egregia existencia. ¡Qué magnífico don no será la fantasía, y qué placer logra regalarnos! ¡Qué tontos y desafortunados me parecían los otros niños de nuestra pequeña ciudad, a quienes evidentemente no les había sido concedida esta capacidad y, por lo tanto, no podían participar de las calladas alegrías que me proporcionaba a mí sin esfuerzo alguno, con algo tan fácil como deseirlo y decidirlo! Claro, a aquellos muchachos corrientes de pelo duro y manos rojas les hubiera resultado muy difícil, además de ridículo, intentar imaginarse como príncipes. Yo, en cambio, poseía un cabello suave como la seda, muy raro de encontrar en el género masculino; y como además era

rubio, eso, sumado a mis ojos azul grisáceo, contrastaba de forma cautivadora con el tono dorado de mi piel: en realidad, cabía dudar si yo era rubio o castaño, pudiendo calificármese de ambos modos con igual derecho. Mis manos, que desde muy pronto empecé a cuidarme mucho, sin ser demasiado delgadas tenían una forma agradable, nunca sudorosas sino siempre calientes en su justa medida, secas, con unas uñas bonitas...; en fin, un gozo en sí mismas; mi voz, ya antes de que cambiase, tenía algo que embelesaba el oído, de modo que cuando estaba a solas me recreaba escuchándola en felices parlamentos con mi gobernador imaginario, que acompañaba de ampulosos gestos y que, por cierto, formulaba en una verborrea inventada carente de todo sentido. Este tipo de dones individuales suelen ser cosas imponderables que tan sólo pueden determinarse por sus efectos, muy difíciles de describir con palabras incluso poseyendo un talento extraordinario para ello. En cualquier caso, yo no podía ignorar que estaba hecho de una materia más noble o, como suele decirse, tallado de una madera más fina que los demás, y aquí no temo en absoluto el reproche de ser arrogante. Me es del todo indiferente que esta o aquella persona me acuse de vanidoso, pues habría de ser un estúpido o un hipócrita si pretendiera pasar por un tipo del montón; así pues, para hacer valer la verdad, repito que estoy tallado de la madera más fina.

Como crecí en soledad (pues mi hermana Olimpia es varios años mayor), tendía a entretenerme con rarezas y fantasías, de las que acto seguido ofrezco dos ejemplos. En primer lugar, había caído en un afán casi maniático de poner a prueba y analizar en mi propia persona la fuerza de voluntad humana, esa fuerza misteriosa y a menudo capaz de lograr efectos casi sobrenaturales. Como es sabido, las pupilas de nuestros ojos, en

sus movimientos, que consisten en su contracción o dilatación, dependen de la intensidad de la luz que reciben. Bien, pues a mí se me metió entre ceja y ceja someter ese movimiento automático de unos músculos independientes a mi voluntad. De pie ante el espejo y procurando vaciar mi cabeza de todos los demás pensamientos, concentraba toda mi fuerza interior en las pupilas para cerrarlas o abrirlas cuando quisiera, y mis tenaces ejercicios, doy fe de ello, finalmente se vieron coronados por el éxito. Al principio, este control interior de las pupilas que me hacía romper a sudar e incluso mudar el color se limitaba a un temblor irregular; más adelante, sin embargo, realmente llegó a estar en mi poder contraerlas hasta convertirlas en puntitos diminutos o dilatarlas para que formasen dos grandes círculos negros como dos espejos, y la satisfacción que me procuró este logro fue de naturaleza casi aterradora y vino acompañada de un escalofrío ante los misterios de la naturaleza humana.

Otra sutileza que por entonces también entretenía mi espíritu y que incluso aún hoy conserva todo su sentido y su encanto consistía en lo siguiente. «¿Qué es más provechoso —me preguntaba—, ver el mundo pequeño o verlo grande?» Y con esto quería decir lo siguiente: los grandes hombres, pensaba, los generales, los principales hombres de Estado, los conquistadores o gobernantes de todo tipo, todos aquellos que se elevan notablemente por encima de los demás hombres, deben de estar hechos de tal forma que el mundo les parece pequeño como un tablero de ajedrez, pues si no tampoco tendrían la frialdad y la falta de miramientos necesarias para llevar a cabo sus planes globales con tanta audacia y sin preocuparse por el bien o el mal de los individuos. Por otra parte, esta forma de ver las cosas como si fueran pequeñas sin duda también puede conducir a que uno no llegue a nada en la vida; pues

quien tiene en poco o en nada el mundo y a los hombres y pronto se convence de su insignificancia tenderá a caer en la indiferencia y la pereza para preferir, en actitud de desprecio, la inactividad absoluta a cualquier efecto sobre las almas, eso al margen de que su insensibilidad y su falta de implicación y de esfuerzo ofenderán en lo más hondo a ese otro mundo que sí actúa con seguridad en sí mismo, y así también cortarán las alas a posibles éxitos no intencionados. «Entonces —me preguntaba yo—, ¿es más conveniente ver en el mundo y en el ser humano algo grande, magnífico e importante, que merece cualquier afán, cualquier esfuerzo que contribuya a alcanzar cierto respeto y cierta estima en él?» Como argumento en contra pesaba que, con esta manera de ver las cosas grandes y con respeto, es fácil acabar subestimándose y acoquinándose, de suerte que, ante el muchachito apocado por el temor, el mundo pasa de largo con una sonrisa para buscarse amantes más viriles. Ahora bien, por otro lado, esta credulidad y esta actitud devota ante el mundo también ofrecen grandes ventajas. Pues quien considera todas las cosas y a los seres humanos como algo pleno e importante, no sólo halagará con ello a más de uno y así se garantizará su apoyo, sino que también llevará a cabo todos sus pensamientos y acciones con una seriedad, una pasión y una responsabilidad que, además de convertirle en alguien importante y digno de ser amado, pueden conducirle a los mayores éxitos y las más felices acciones. Así especulaba yo, sopesando los pros y los contras. Por cierto, de manera involuntaria y acorde con mi naturaleza, siempre he optado por la segunda posibilidad, y he considerado el mundo como un fenómeno grande e infinitamente atractivo que nos ofrece las dichas más dulces y que se me ha antojado siempre, en grado sumo, digno y merecedor de todo esfuerzo y afán.

Capítulo tercero

Si este tipo de experimentos intelectuales y especulaciones eran idóneos para aislarme interiormente de los chicos de mi edad y los compañeros de escuela de mi ciudad, que recurrían a otros entretenimientos más corrientes, a ello se añadía que aquellos muchachos, hijos de funcionarios o de propietarios de viñedos, recibían la advertencia expresa de sus padres —como pronto hube de constatar— de que tuvieran cuidado conmigo y se alejaran de mí; es más, uno de ellos, a quien hice un intento de invitar, me dijo a la cara y sin tapujos que le habían prohibido tratarse conmigo y visitar mi casa porque no éramos gente respetable. Eso me dolió y tuvo como consecuencia que comencé a ver como deseable un trato que, de otro modo, no me hubiera importado nada. Eso sí, no se podía negar que la opinión que tenían en la ciudad de nuestra casa tampoco carecía de cierto fundamento.

Más arriba hice una breve alusión a las complicaciones que trajo consigo la presencia de aquella señorita de Vevey en nuestra vida familiar. De hecho, mi pobre padre buscó los amores de aquella joven y al parecer consiguió su objetivo secreto, y así surgieron ciertas diferencias de opinión entre él y mi madre, a consecuencia de las cuales mi padre se marchó varias semanas a Maguncia para llevar allí una vida de soltero, como solía hacer de vez en cuando para reconfortarse. Cierto es que mi madre, una mujer insignificante de dotes intelectuales nada

sobresalientes, no tenía ninguna razón para tratar a mi pobre padre con tanto rigor, pues ni ella ni mi hermana Olimpia (una criatura gorda y carnal —en todos los posibles sentidos— que más adelante se dedicaría, con no poco éxito, a la opereta) le iban a la zaga, ni mucho menos, en lo que a debilidad humana respecta; sólo que la frivolidad de mi padre siempre encerraba también una cierta gracia, de la que carecía por completo el burdo afán de divertirse de ellas. Madre e hija vivían juntas en una intimidad muy peculiar, y me acuerdo, por ejemplo, de haber observado cómo la mayor le medía a la más joven el perímetro del muslo con una cinta métrica, acto que me costó varias horas de reflexión. En otra ocasión, en una época en la que yo ya tenía cierto conocimiento intuitivo de esas cosas aunque todavía me faltaran las palabras, fui testigo, sin que me vieran, de cómo abrumaban con pícaros intentos de acercamiento a un joven aprendiz de pintor de brocha gorda que teníamos empleado en la casa, un chico de ojos oscuros y delantal blanco, y hasta tal punto le calentaron la cabeza que al final el pobre muchacho sufrió una especie de ataque de rabia y, con un bigote verde que le habían pintado con óleo, persiguió hasta el secadero a las dos féminas, que gritaban y chillaban.

Como mis padres se aburrían el uno con el otro hasta la amargura, muy a menudo recibíamos visitas de Maguncia y Wiesbaden, y entonces todo era derroche y desvarío en nuestra casa. Eran grupos heterogéneos, compuestos por unos cuantos jóvenes fabricantes, artistas del teatro de ambos sexos, un teniente de infantería enfermizo que más adelante incluso llegó a pedir la mano de mi hermana, un banquero judío y su esposa, que desbordaba de forma espectacular el vestido cuajado de adornos de azabache que llevaba, un periodista con

chaleco de terciopelo y un rizo en la frente que cada vez venía con una pareja distinta, y otros más. Por lo general se reunían a cenar a las siete, y después la juerga, la música de piano, el baile arrastrado, las risas, los chillidos y los correteos y persecuciones con frecuencia se prolongaban toda la noche. Sobre todo en la época de carnaval y de la vendimia, las olas de la diversión llegaban a lo más alto. Entonces, mi padre encendía con sus propias manos unos fuegos artificiales magníficos en el jardín, pues era un gran experto y muy hábil con su técnica; una luz mágica iluminaba los enanitos de piedra, y las caprichosas máscaras que la gente traía a la fiesta relajaban el ambiente todavía más. Por entonces me obligaban a ir a la escuela, estaba en los últimos cursos de la escuela secundaria profesional, y cuando a la mañana siguiente entraba en el comedor para tomarme el desayuno a las siete o siete y media, con la cara recién lavada, aún encontraba allí a los invitados, pálidos, ajados y con unos ojillos que apenas toleraban la luz del día, ante sus cafés y sus licores, y me acogían entre ellos con grandes efusiones.

De adolescente me permitían estar presente en la mesa y en las ulteriores diversiones, igual que a mi hermana Olimpia. En casa se cuidaba la buena mesa a diario, y mi padre siempre bebía champán a la hora de comer, mezclado con soda. Además, en las reuniones de sociedad se servían largas hileras de viandas que preparaba con sumo refinamiento un chef de Wiesbaden con ayuda de nuestra cocinera, y entre las cuales se intercalaban otros platos refrescantes, picantes o fríos, para restituir el apetito. El Lorley Extra Cuvée fluía a raudales, pero también se veían en la mesa numerosos vinos buenos, como por ejemplo el Bernkastler Doktor, cuyo aroma me gustaba especialmente. En mi vida posterior conocería y aprendería a

pedir con gesto desenfadado otras marcas más distinguidas, como el Grand Vin Château Margaux y el Grand Cru Château Mouton Rothschild, dos elegantes caldos.

Me gusta evocar la imagen de mi padre, sentado a la mesa con su perilla blanca y su barrigón envuelto en un chaleco de seda blanca. Tenía una voz débil y a menudo bajaba los ojos con gesto avergonzado, pero lo que no podía ocultar era su cara de placer, colorada y brillante. «*C'est ça*», decía, «*épatant*», «*parfaitement*», y con escogidos movimientos de las manos, cuyos dedos tenían las puntas curvadas hacia arriba, cogía las copas, la servilleta, los cubiertos. Mi madre y mi hermana se dejaban llevar por una gula anodina y de cuando en cuando, ocultándose tras sus abanicos, cuchicheaban entre risitas con sus vecinos de mesa.

Después de cenar, cuando el humo de los cigarros flotaba en torno a las arañas de gas, comenzaban el baile y los juegos de prendas. Avanzada la velada me mandaban a la cama, lógicamente, pero como la música y el jaleo no me dejaban dormir yo solía volver a levantarme, me enrollaba mi manta de lana roja por encima y con tan favorecedor disfraz regresaba a la fiesta y me unía al jolgorio de las mujeres. Los incontables refrescos y tentempiés, los ponches, limonadas, ensaladillas de arenques y gelatinas de vino enlazaban con el café de la mañana. El baile era relajado y sensual, los juegos de prendas brindaban una excusa para los besos y otros escarceos del cuerpo. Las mujeres, con vistosos escotes, se inclinaban riendo por encima de los respaldos de las sillas dejando a la vista la panorámica de sus pechos con el fin de ganarse a los caballeros, y con frecuencia el punto culminante de todo aquello era la broma de que de pronto se cortaba el gas, tras lo cual se formaba siempre una algazara inenarrable.